



Armando Bartra,
El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital,
México, Itaca/UACM/UAM, 2008.

“El hombre de hierro contra el hombre de carne y hueso” es el drama en el que participamos todos nosotros, habitantes en situación de resistencia frente a un sistema mundial dominado por el mercantilismo absoluto. Quizá en estos términos podría sintetizarse el contenido de este libro iluminador que hoy nos brinda Armando Bartra, donde se revela una argumentación intelectual y política impecable, producto de su labor de varias décadas comprometido con los movimientos sociales emancipadores. La reflexión crítica del autor nos muestra las diversas caras en que se trasmuta el hombre de hierro caracterizado por Marx: “la Bomba, las megaurbes, el con-

sumismo, el masaje massmediático, la Revolución Verde, la energía nuclear, la erosión ecológica y cultural, el cambio climático causado por los gases con efecto de invernadero, la privatización del *software* y otras ideas, los transgénicos y el más pequeño y reciente de los frankensteins tecnológicos: la nanotecnología”. Por su contenido abargador, por las fuentes de información en que se sustenta y por el esfuerzo de comprensión que exige, esta obra se convierte en un hito insoslayable para interpretar el proceso de globalización y el papel de los actores sociales que se enfrentan a esa maquinaria cuasi-infernal. Parafraseando a la escritora Susan George, con plena autoridad podríamos designar a este documento como *El informe Totoltepec*.

El llamado “hombre de hierro” se forja entre fines del siglo XVIII y en el transcurso del siglo XIX, años en que se opera una transformación radical de la humanidad: “En una drástica voltereta civilizacional por la que el uso sirve al cambio, el trabajo vivo al trabajo muerto y el hombre a las cosas, el nuevo orden capitalista transforma el antiguo mercadeo en un absolutismo mercantil donde la economía manda y la sociedad obedece” (p. 44).

En una intervención tan breve como esta es imposible comprimir los múltiples enfoques originales con que uno se encuentra en las páginas de esta entrega, ya que al ir progresando en su lectura se tiene la sensación de desplazarse por una urbe cuyo exceso de luces nos encandila a cada paso y nos obliga a pensar con una precisión analítica a fondo. En ese sentido, el autor camina en dirección inversa a lo que en la ac-

tualidad conocemos como lo “políticamente correcto”, esa hipocresía del poder para simular que el poder no existe. Su tarea de desmitologizar los fetiches la emprende con minuciosidad y sin miramientos. Por ejemplo, Bartra nos aclara qué significa “globalifóbico”, término que representó una de las obras magnas del expresidente Zedillo. A diferencia del empleo inicial para descalificar despectivamente a los movimientos opuestos a que el mundo fuera arrasado por la fuerza del dinero, en el libro se sostiene que la insurgencia internacional no está peleada con la globalización, y por eso sería más apropiado llamarla “globalicrítica”, ya que el capitalismo salvaje que nos acosa es entendido como “globalifágico”, o sea, dispuesto a devorar cuanto objeto natural o social se halle a su paso y convertirlo en mercancía. Los nombres que el poder da a las cosas es una forma de colonizar conciencias y someterlas a la versión dominante.

La razón técnica objetivada en las máquinas plantea una pregunta que el autor retoma de Ernest Mandel: ¿quién mandará a las máquinas?, ya que éstas a diario nos mandan. Las máquinas están hechas por y para el dinero. Marvin Harris ha atinado cuando nos dice que la moderna vaca sagrada es el automóvil. En esta ciudad donde nos transportamos vemos más, por todas partes, los nombres de Toyota, General Motors, Ford, Nissan, Mercedes Benz que el de México. Apelando a McLuhan, se nos recuerda esa sociedad del espectáculo que nos engulle y nos introduce al interior de los medios para que veamos el mundo desde esa perspectiva, al punto que las empresas de radio y televisión

reparten bendiciones y excomuniones que terminan decidiendo una elección. Mediante una caricatura, Quino aporta una lección gráfica acerca de este nuevo mundo en que somos esclavos de las cosas. Un padre enseña a hablar a su bebé. Le muestra un automóvil y dice la palabra “piernas”, el “cerebro” se equipara cuando señala una computadora, un celular ilustra la “comunicación”, mientras que la “cultura” se corporeiza en un espectáculo de la televisión, y el “prójimo” es un espejo que refleja mi propio rostro, los “valores” se identifican con un bote de basura rodeado de ratas, y por fin, “dios” es un billete de dólar.

La doble relación hombre-naturaleza y hombre-hombre, dominada por la forma mercancía, a menudo ha conducido a separarnos de la naturaleza y a olvidar que la naturaleza es el cuerpo inorgánico del cuerpo orgánico que poseemos. Se ha fracturado el “metabolismo social”. Luego, “todo lo real debe ser lucrativo y sólo lo lucrativo es real”. El capitalismo ha emprendido una labor de distorsión de la naturaleza, sometida a la máquina que torna irracional a ésta que solía ser nuestra casa. La explotación de la agricultura mediante químicos genera contaminación, la especialización de los cultivos altera el hábitat y lleva a la desaparición acelerada de las especies. Se justifica así la confesión que el representante de *Matrix* le hace al humano: “Estuvimos pensando en la manera que clasificaríamos a su especie y concluimos que se trata de un virus. Ustedes son un virus que se alimenta de devorar tejidos, como si fueran un cáncer”. Hace algunos años, Lévi-Strauss propuso la idea de que la humanidad ha generado las ciu-

dades como metástasis de la enfermedad que infecta al planeta por obra de la explotación.

Estamos de acuerdo, las máquinas engendran monstruos. En esa línea, el mítico general Edward Ludd es rescatado del olvido y se le reivindica a partir de reinterpretar su movimiento clandestino (allá por la década de 1810) enfocado a la destrucción de las máquinas que habían dejado sin empleo a miles de jornaleros. Se encaran directamente con las fuerzas productivas que los enfrentan, sufren la persecución, la cárcel y las ejecuciones, en una historia que da pie para que Bartra nos exponga una versión nada ortodoxa de la teoría del valor, desprendida de la interpretación dominante en la que se conservan resabios hegelianos en su idea del progreso de las fuerzas productivas como condición para pasar a una fase superior. No obstante, en algunos escritos de la década de 1860 Marx reconoce el sentido de la lucha contra las fuerzas productivas específicas del naciente capitalismo. Por cierto, los ecologistas actuales formulan en un nivel científico la lucha contra una tecnología, que en su propio contenido no puede separarse de la explotación capitalista de los hombres y de la naturaleza.

Un aspecto interesante de este documentado libro es que la erudición no es vacía y se pone al servicio de una reflexión que apunta a la transformación de la realidad; además, el pensamiento conceptual se mezcla con la imaginación poética, en la línea de Bachelard, y produce metáforas ancladas en el lenguaje coloquial mexicano, que en muchos casos sirven para mostrar dimensiones que a la árida teoría escapan. Así, se hace

referencia a una globalización desmechada, para reflejar el carácter salvaje de las políticas multinacionales de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional en conjunto con el Grupo de los Ocho y sus actuales palafreneros del Grupo de los Cinco. Mister Bush encarna un burro sin mecate que reparte patadas a diario y sin ton ni son. Las “crudas revolucionarias” designan, a su vez, ese sentimiento que provoca la caída del muro de Berlín o la emergencia de un capitalismo expansivo en el interior de la todavía República Popular China. ¿Qué mejor ilustración de la llamada sobrepoblación planetaria que, como se dice en la página 29, es producto de los “desaprensivos y cogelones orilleros”? Otro amigo economista bromeaba explicando que en la división internacional del trabajo a este suburbio del mundo le tocó especializarse en producir niños.

En principio, se certifica que ya no hay un sujeto contestatario central, como lo pretendió ser en su momento el partido revolucionario. Aun así, existe el sentimiento y la práctica de construir “otro mundo posible”. Después de examinar con acuciosidad las diversas experiencias de movimientos contestatarios, que abarcan desde el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, hasta el ecologista francés Bové, pasando por los Sin Tierra brasileños, entre muchos otros, Bartra nos advierte en contra de un autonomismo excluyente, que podría darse en la lógica del fuera y el adentro que supone el capitalismo entendido a la manera de Rosa Luxemburgo: “la emancipación de la identi-

dad sojuzgada no puede verse como simple desprendimiento autonómico y supone por fuerza la construcción de un orden nuevo y compartido donde diferencia no signifique jerarquía. Entre tanto los subalternos podrán negociar condiciones menos desventajosas dentro del orden existente, pero no es viable para ellos regresar a la situación histórica anterior, retornar a la Edad de Oro cuando eran el centro de su mundo” (p. 180).

Las clases subalternas cometerían un grave error si decidieran encerrarse en su particularismo, sea éste el de los indígenas, de las mujeres, de los ecologistas, de los colonos, de los jóvenes, de los *hackers* libertarios, o de los campesinos, si es necesario mencionar algunos; por el contrario, estamos obligados a ser incluyentes y universalistas frente al mercantilismo absoluto y su Estado funcional. En las múltiples experiencias

de generar un rescoldo humano en el que se suspenda la subordinación del valor de uso al valor de cambio, del trabajo concreto al trabajo abstracto, sus protagonistas continúan interrogándose en términos parecidos a como lo hacía Gramsci al evocar en la cárcel los años de los consejos de fábrica: teníamos la autogestión de la ciudad de Turín y fuimos derrotados porque en ese momento no estaba a nuestro alcance ejercer el control de los bancos, ni de los ferrocarriles, ni del ejército, ni de los periódicos. Si se actúa con el criterio incluyente y universalista, entonces las utopías locales realizadas podrían convertirse en las burbujas letales que desbaratan el sistema de dominación total.

HUGO ENRIQUE SÁEZ A.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
METROPOLITANA-XOCHIMILCO